

La Revolución Alemana y la lucha por la democratización en Europa

The German Revolution and the fight for democracy in Europe

Pablo Montes Gómez

IES Martí Dot (Sant Feliu de Llobregat)

Resumen

A finales del siglo XIX comienza a operarse una ruptura en el seno del obrerismo entre reformistas y revolucionarios. A los primeros se les ha considerado, de un modo dominante, un elemento de estabilidad democrática tras 1918; a los segundos, de inestabilidad que contribuiría al ascenso de los fascismos. Analizando el caso alemán, aunque atendiendo al contexto europeo, el presente artículo defiende que la revolución fue un proyecto de genuina democratización tanto como el reformismo en un universo liberal en descomposición contribuyó al debilitamiento del proyecto democrático.

Palabras clave: Revolución Alemana, democracia, obrerismo, contrarrevolución, parlamentarismo.

Abstract

In the late 19th century a fracture started to take place in the heart of the labour movement between reformists and revolutionaries. The former have been predominantly considered as an element of democratic stability after 1918; the latter as the instability which would contribute to the rise of fascism. Analysing the German case, although taking into account the European context, this article defends the notion that the revolution was a project of genuine democratization as much as reformism in a decomposing liberal universe contributed to undermine the democratic project.

Keywords: German Revolution, democracy, labour movement, counterrevolution, parlamentarism

Cuando, el 5 de octubre de 1789, estalló en París la revolución de masas y el cortejo de mujeres parisinas se dirigía hacia Versalles bajo el redoble del tambor y gritando «¡Pan! ¡Pan!», mientras que la familia real, pálida de miedo, cercada de cortesanos, se encerraba en el fondo del castillo, La Fayette [...] realizaba la célebre escena del balcón. [...] allí solemnemente, delante de un inmenso gentío, besó la mano de la reina. [...] Pero esta farsa no impidió en absoluto que el drama siguiera su desarrollo: un tiempo más tarde, María Antonieta sucedió a su esposo en el patíbulo, y el mismo La Fayette debió huir al extranjero a fin de escapar a la cólera de la revolución. Los Scheidemann y Bauer, que empezaron por besar la mano de la monarquía alemana, terminaron por enviar los proyectiles sobre los obreros alemanes en huelga [...]*.

Extracto de Carta de Espartaco n.º 12

Introducción: ¿democracia o radicalismo? **

Esta habitual —aunque extraña— yuxtaposición bien podría ser, en términos rabiosamente actuales, el equivalente del gran debate que en el seno de la socialdemocracia alemana tuvo lugar a finales de siglo XIX. Reforma o revolución fueron entonces los conceptos empleados en el gran partido de masas del obrerismo mundial. Y su elección no fue en absoluto casual, puesto que, como es sabido, eran muy pocos los

que en el cambio de centuria hablaban de «democracia». Esta palabra, en realidad, estaba casi tan en desuso entonces como hoy día puede estarlo, por ejemplo, la de «revolución». Una de quienes la empleaban con mayor asiduidad en la política alemana, Rosa Luxemburg, abogaba al mismo tiempo y de manera insistente, justamente, por la revolución, lo cual supone, en los parámetros dominantes del presente, una evidente paradoja. Sin embargo, no era así hace más de cien años.

La revolución parecía sobrevolar la Europa de entre siglos, pero la democracia era una *rara avis* de aquel tiempo y lugar. No es algo que resulte extraño, puesto que, desde su reaparición en 1789, se la había tratado de erradicar de la faz del continente. En consecuencia, la voz «democracia» fue proscrita a lo largo de toda la centuria y contemplada de un modo condescendiente como un sistema de gobierno practicado miles de años atrás, adecuado, quizás, para gobernar pequeñas ciudades estado, pero carente de sentido para las complejas administraciones modernas^[1]. Es cierto, no obstante, que comenzó a gozar de cierta aceptación pública a partir del último tercio de siglo, pues coincidió con la irrupción de las masas en la vida pública, pero ello no debería hacernos perder de vista la enorme impopularidad y recelo con que siguió contando para los sectores «respetables» en lugares tan presumiblemente democráticos como Francia o Gran Bretaña. En realidad, sólo a partir de 1918 obtuvo «una aceptación general en Europa como sistema político normal, aunque de un modo muy incierto y provisional»^[2]. No está de más

* Extracto de Carta de Espartaco no.12, tal vez escrita por mano de Rosa Luxemburg. Mediados de octubre de 1918. En Gilbert Badia, *Los espartaquistas*, Barcelona, Mateu, 1971, vol II, pp.79-80.

** Agradezo a Irina Iurevna Novichenko, responsable del área de colecciones especiales del Centro de Historia Social y Política de Rusia, por facilitarme algunos materiales que me fueron muy útiles para construir este texto.; a Matías Galeano, que me ayudó con las traducciones de los textos en alemán.; y a Alejandro Andreassi, por su confianza.

1.– John Markoff, «La legitimidad democrática hoy en día», *Ayer*, n.º 102, 2016, p. 268.

2.– Geoff Eley, «Democracia, cultura de masas y ciudadanía», en M. Cruz Romeo, I. Saz (eds.), *El siglo XX: historiografía e historia*, Valencia, Universitat de València, 2002, p.120. Rosa Luxemburg, *Reforma o Revolución*, Madrid, Akal, 2015, p.73.



Jefes de Estado (1918-1920), Colage de Hannah Höch, artista adscrita al dadaísmo y simpatizante de la izquierda comunista, en el que critica de forma hiriente a los líderes socialdemócratas Gustav Noske y Friedrich Ebert (Fuente: Colección fotográfica de IFA, Stuttgart)..

recordar que el continente aún arrastraba una fuerte cultura aristocrático-oligárquica y las clases dominantes tenían en el elitismo uno de sus grandes valores hegemónicos, como testimonian las tardías aportaciones del español José Ortega y Gasset al debate de los intelectuales liberales europeos en torno a la supuesta degeneración cultural y política de sus sociedades³.

El recorrido es largo, pero puede apuntarse sintéticamente que con el fin del impulso revolucionario tras 1848 y la etapa de paz que acompañó al gran crecimiento capitalista que desembocaría en la «era del

imperialismo», la dinámica política europea adquirió tintes netamente conservadores. En ello tuvo no poco que ver el hecho de que el concepto de nación, que antaño había servido de herramienta ideológica para las revoluciones liberales contra las monarquías absolutas, comenzó a ser asimilado verticalmente con el fin de que sirviera a las lógicas del Estado. Fue un importante dique de contención, pero no bastó para frenar los embates de unas multitudes que exigían participar de la política y la economía de sus países.

A la larga, la imposibilidad (más que la incapacidad) de incorporar las masas a la vida pública, poco a poco, iría resquebrajando estos sistemas, pero la solución no era sencilla. Integrarlas habría comportado rupturas que las clases dominantes no

3.- Los principales textos que aportó Ortega a dicho debate fueron *La deshumanización del arte* (1925) y *La rebelión de las masas* (1930). Arno Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid, Altaya, 1997.

estaban dispuestas a asumir. De hecho, la progresiva apertura de la esfera pública terminó socavando la influencia política de la burguesía, con la única excepción, precisamente, de sus estratos más importantes^[4]. Cuando, en el cambio de siglo, Rosa Luxemburg escribió: «el liberalismo como tal, ha llegado a ser para la sociedad burguesa hasta cierto punto superfluo, y aun en ciertos aspectos muy importantes, es más bien una impedimenta», estaba aludiendo a todo esto^[5].

Por supuesto, para ella no era por causa de la llegada de las masas a la vida pública (si acaso, ello formaba parte de la lógica del progreso histórico) sino que lo entendió como una consecuencia de la alta política de los estados europeos. De este modo, la importancia cada vez mayor del militarismo y el imperialismo en la vida alemana habría favorecido el desvío hacia la derecha de las distintas opciones políticas. Inclusive, de ese virus conservador tampoco estaba inmunizada la clase obrera ni, por extensión, sus organizaciones^[6].

El expolio de las colonias y los beneficios tangenciales que el mismo tuvo sobre la población de los países colonizadores contribuye a explicar el fenómeno. Y es que, por muy desigual que resultara el reparto del bote imperial, gran parte de la masa trabajadora acabó beneficiándose de él. Como apuntara Eric Hobsbawm sobre el caso de Gran Bretaña, cuanto más se avanza en la era imperialista, «más difícil resulta encontrar grupos de obreros que de una u otra manera no hayan extraído ventajas de la posición» de su país o bien que «no se les haya hecho sentir que sus intereses depen-

dían de la continuidad del imperialismo». En el caso concreto de Alemania, la innegable prosperidad de la era guillermina tuvo su reflejo en que los trabajadores también arañasen «algo de la nueva prosperidad de la expansión imperialista». Tal y como ha indicado Donald Sassoon, «la mayor parte de los partidos socialistas que habían prosperado bajo las condiciones del período 1890-1914 siguió la senda de su propio estado nacional». En coherencia con todo ello —y partiendo de la premisa de la necesidad histórica de no renunciar a la revolución—, Luxemburg defendió ante el giro conservador de la política alemana «que el movimiento obrero socialista» era, ya entonces, «el único apoyo de la democracia»^[7]. Pero aquella época de crecimiento afectó a las perspectivas de la revolución, que había estado en el horizonte del obrerismo hasta tiempos muy recientes y ahora parecía ir disipándose. Y, de hecho, lo hizo hasta tal punto que en el seno del SPD lo que ocurrió fue, silenciosamente, lo mismo que en el resto del socialismo europeo, que el reformismo se volvió hegemónico.

La política de los estados se abría progresivamente, es cierto, pero nos llevaría a error dar por supuesto que los trastornos que ello provocó sobre los sectores conservadores —de entrada, es el momento de la génesis cultural del fascismo— fueron debidos a la repentina integración de la *voluntad* del pueblo en la vida pública. En ningún lugar de Europa fue así. Sin ir más lejos, en todas partes persistieron técnicas como la de la doble cámara, que tenía por objeto, sencillamente, controlar que la política no dejara de ser un tinglado elitista (de hecho,

4.— Eric J. Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 2001, pp.178 y 191. Véase el capítulo completo que dedica al rechazo burgués a la política de masas, pp.175-201.

5.— R. Luxemburg, *Reforma o Revolución*, p.73.

6.— *Ibidem*, p.74.

7.— Eric J. Hobsbawm, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979, pp.327-328; Sebastian Haffner, *La Revolución Alemana*, Barcelona, Inédita Editores, 2005 [1979], pp.16 y 18; Donald Sassoon, *Cien años de socialismo*, Barcelona, Edhasa, 2001, p.56. Luxemburg, *Reforma o Revolución*, p.75.

las más de las veces o no era electa en absoluto o lo era sólo en parte), así en Gran Bretaña como en la Alemania del II Reich. Además, la participación en los asuntos públicos le seguiría siendo negada a inmensas capas de ciudadanía (bien es cierto que a cada vez menos) por razones de raza, sexo y condición.

No obstante, es cierto que el obrerismo —muy especialmente la socialdemocracia alemana— había hecho grandes progresos y a la altura de 1912 había logrado acaparar una cuarta parte del total de diputados de la cámara baja, convirtiéndose, de este modo, en el partido más grande de Alemania. No es extraño que en tales circunstancias surgieran voces interrogándose acerca de la dirección y el carácter del movimiento socialista. Konrad Schmidt y, muy especialmente, Eduard Bernstein, se erigirían en firmes partidarios de emprender el camino de la *reforma* y abandonar la en su opinión anacrónica vía *revolucionaria* de transformación social. Tal y como lo entendían los reformistas, las mejoras económicas podían lograrse a través de los sindicatos, lo que unido a la labor parlamentaria, con la que se obtenían nuevos derechos y conquistas sociales, había vuelto viable para la clase obrera —en opinión de éstos—, ir acercándose al socialismo de un modo progresivo y sin violencias.

El planteamiento, desde luego, resultaba particularmente atractivo después de un siglo de revoluciones y persecución del movimiento socialista, que con el fin de la era Bismarck y la legalización en 1890, parecía haber quedado atrás. Sin embargo, la propuesta reformista, como contrapuso su gran detractora, Rosa Luxemburg, no se diferenciaba, «en sentido formal e inmediato, de la práctica usual hasta ahora [sostenida] en la lucha socialdemócrata. Sindicación, lucha por reformas sociales y democratización de las instituciones polí-

ticas; lo mismo, al menos en la forma, de lo que en la socialdemocracia constituye la actividad del partido». ¿Dónde se hallaba, por tanto, la controversia? Precisamente, en los límites que unos y otros imponían a dicha praxis. Lejos de ser un tema baladí, esta una discusión no cerrada dentro la izquierda. Hoy, la máxima que parece guiar la acción de la actual socialdemocracia en Europa podría sintetizarse en «dentro de la ley todo, fuera de la ley nada», posee una fuerte reminiscencia con el reformismo de principios de siglo pasado^[8].

En este sentido, «quien para transformar la sociedad —continuaba Luxemburg— se decide por el camino de la reforma legal [...] no emprende, realmente, un camino más descansado, más seguro, aunque más largo, que conduce al mismo fin, sino que, al propio tiempo, elige distinta meta; [...] en lugar de la creación de un nuevo orden social», lo que persigue son «simples cambios, no esenciales, en la sociedad ya existente». Esto supone, ciertamente, una enmienda a la totalidad. Las reformas continuadas dentro de un sistema determinado comportan una mejora parcial del mismo, no exenta evidentemente de retrocesos, pero en ningún caso su transformación hacia un sistema distinto^[9].

En cualquier caso, puede afirmarse que, en general, Rosa Luxemburg así como el resto de los partidarios de las viejas consignas, salieron victoriosos de aquellos debates. Los revisionistas, a pesar de sus sucesivas propuestas para que el partido abandonara la vía de la revolución y se centrara en un programa puramente reformista, quedaron, congreso tras congreso, en abierta minoría, siendo siempre proclamado el carácter revolucionario del SPD.

La Gran Guerra fue un catalizador que lo

8.- R. Luxemburg, *Reforma o Revolución*, p.43.

9.- *Ibidem*, p.79.

trastornó todo. La caída de las monarquías —esto es, el pilar político que sostenía las sociedades anteriores a 1914— se juntó, por un lado, con el espectro de la revolución social y, por otro, con la extensión forzosa de los derechos políticos a las masas, dos caras de una misma moneda que hicieron que «un sector importante de las clases propietarias percibieran la democracia como la puerta de entrada al gobierno del proletariado y de las clases pobres»^[10].

Con seguridad, no era la intención del autor de la reciente cita expresar lo que en última instancia expresa, pero es lo que hace que tenga un interés especial. Porque para aquellos que acabarían simpatizando con el fenómeno fascista que prometía aunar jerarquía y viejos valores con armonización de masas, entre democratización y revolución no existían grandes gradaciones de gris. Sin lugar a duda, habían captado la esencia de la época.

Los efectos de la guerra sobre la socialdemocracia

En el verano de 1914, la socialdemocracia europea en bloque hubo de enfrentarse al dilema de elegir entre el internacionalismo y la *union sacrée*. El resultado fue una crisis dramática de identidad que sólo superó mediante una metamorfosis. En el caso del SPD, la Gran Guerra tuvo el efecto de volver la organización un partido «alemán» en el más estricto sentido que el término podía significar en aquel entonces. Por un lado, poco más o menos, el que le había otorgado el káiser aquel agosto de 1914 («no veo partidos políticos sólo veo alemanes»); por otro, el de la cancelación de ese internacionalismo que había guiado hasta entonces la práctica del obrerismo. Así, atendiendo al

llamado de la *Burgfrieden* —de igual modo a como en la potencia rival se respondía a la *union sacrée*— el obrerismo oficial hizo todo cuanto estuvo en su mano por demostrar, a ojos de todo el país, que era un partido comprometido con el Estado y el pueblo alemanes.

Por su parte, los distintos países, con tal de garantizar el sostenimiento del esfuerzo bélico, favorecieron la colaboración de clase. Así, por mor de la paz social, las autoridades militares regionales comenzaron a intervenir «activamente para obligar a los revendedores a bajar precios inadmisiblemente altos y a los patronos a elevar salarios inaceptablemente bajos». La *Hilfsdienstgesetz* (Ley de Servicio Auxiliar), pensada para convertir el país en una gran fábrica bélica, obligó a las autoridades militares a buscar un entendimiento con los sindicatos y el resto de entidades obreras. En virtud de ello, se instauraron mecanismos de arbitraje y se reconoció a los representantes obreros en las asambleas de los centros de trabajo. Obviamente, los socialistas saludaron con «satisfacción esta regulación metódica del mercado capitalista a favor del interés público». De alguna manera, aunque fuera de un modo limitado, se reconocían atisbos de una política económica que escapaba al *laissez faire* liberal y confería claros tintes de carácter social^[11].

Y es que si bien no deja de ser cierto que la guerra —como no podía ser de otro modo— incrementó las desigualdades tanto entre las clases como dentro de los estratos internos de cada una, también lo es que, progresivamente, fue ganando presencia un discurso de descontento por las desigualdades económicas. Además, las esperanzas cada vez más grandes de paz configuraron «un vocabulario que destacaba el bien co-

10.- Julián Casanova, *Europa contra Europa, 1914-1945*, Barcelona, Crítica, 2012, p.13.

11.- Fritzsche, *De alemanes a nazis*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, pp. 68 y 69.

mún y los intereses públicos». Desde luego, no era ni estaba cerca de constituir el socialismo, pero para los dirigentes obreros, así como para una gran parte de la masa trabajadora, el reconocimiento explícito que hizo la *Burgfrieden* de otorgar prioridad a «los intereses *comunes* de los consumidores por encima de los intereses especiales de la industria y la agricultura», representó «el primer paso hacia la liberación total de los trabajadores en la ‘nueva Alemania’»^[12].

En este sentido, aquella política tuvo consecuencias no previstas ni desde luego deseadas por sus impulsores. Esencialmente, el sencillo pero en absoluto trivial «efecto secundario de legitimar los reclamos populares de reconocimiento», algo que, en realidad, supone la piedra de toque de toda política democrática. No es casual que la revolución, cuando llegó, invocó como por instinto las ideas de solidaridad de 1914^[13]. En contraste —y como veremos—, para entonces el gran partido de masas que representaba el SPD había sufrido una transformación antagónica, pasando de ser la herramienta de transformación social del movimiento obrero alemán a un partido del *establishment*. En gran medida, esto es lo que explica que la cúpula del partido asumiera, en los dramáticos momentos finales de la guerra, el programa del gobierno imperial, cuyo objetivo era salvaguardar la esencia de la Alemania que se había venido configurando desde 1871. Irónicamente, la que el SPD había prometido sepultar^[14].

Tampoco supone una particularidad. Un proceso perfectamente análogo al que había experimentado el SPD en torno al

reformismo lo padeció el conjunto de la socialdemocracia europea. Tal y como afirma Aldo Agosti, «sus partidos, asociados ya durante las hostilidades al gobierno del Estado e involucrados en la gestión de la economía, con la guerra acabada se convirtieron casi en contra de su voluntad en los garantes de la supervivencia del orden capitalista». Como mínimo, en algunos lugares como la propia Alemania o Austria, «los partidos socialistas parecieron constituir las únicas fuerzas organizadas y potencialmente sostenedoras del Estado que quedaron vivas después del colapso de los viejos regímenes»^[15].

En el caso de España, el PSOE se había alineado con las tesis reformistas, pero el hecho de que el país no hubiera participado directamente en la guerra, por un lado, y de que poseyera un escasísimo peso parlamentario, por otro, hicieron que su mutación tardara aún algunos años en manifestarse^[16]. Así, durante una de las primeras dictaduras autoritarias de las que se sucederían por el continente tras la Gran Guerra, la filial sindical del PSOE, la UGT, ofrecerá colaborar con la dictadura de Primo de Rivera a cambio de unas tibias reformas en materia laboral, lo que contribuirá a la estabilidad social del período 1923-1930^[17].

Todo ello significaba, en gran medida, el fracaso silencioso del más alejado horizonte de la revolución y el triunfo del mucho más cercano de la introducción de reformas jurídicas y mejoras progresivas en la legislación social, civil y laboral de los respectivos países.

Sin lugar a dudas, este momento his-

12.– *Ibídem*, pp.50 y 64.

13.– Slavoj Žižek, *En defensa de la intolerancia*, Ediciones Público, 2010, pp.26-27. El entrecomillado corresponde a P. Fritzsche, *De alemanes a nazis*, p.89.

14.– S. Haffner, *La Revolución Alemana*, pp.23, 52 y ss. Ferrán Gallego, *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Madrid, Plaza & Janés, 2001, pp.39-40.

15.– Aldo Agosti, *Bandiere rosse. Un profilo storico dei comunismi europei*, Roma, Editorial Riuniti, 1999, p.18.

16.– J. L. Martín Ramos, «El socialismo español», en D. Sassoon, *Cien años de socialismo*, p.873.

17.– Puede verse el libro de José Andrés-Gallego, *El socialismo durante la dictadura (1923-1930)*, Madrid, Giner-Caños, 1977.

tórico (particularmente el que abre 1917) establece una falla en la concepción de la política de la democracia. Para los historiadores y politólogos adscritos a las corrientes funcionalistas, la puerta que abrió el triunfo de la revolución en Rusia cerró para una buena parte del obrerismo la de la democracia. «El miedo a la revolución y al comunismo —ha escrito Julián Casanova— redujo también las posibilidades de la democracia y las perspectivas de un compromiso social. La izquierda», al intentar «hacer la revolución o establecer, siguiendo el modelo bolchevique, la ‘dictadura del proletariado’», habría contribuido «notablemente a bloquear la consolidación de algunas de esas democracias».^[18]

Pero la frontera fijada resulta excesivamente apriorística (y, en muchos sentidos, ahistórica) entre la única democracia que se considera existente y una revolución que buscaba establecer un proyecto distinto, pero en modo alguno la abolición de ésta. En primer lugar, porque por mucho que haya ido ganando preeminencia la asociación de la democracia con la modalidad indirecta parlamentaria heredera de los regímenes liberales, en rigor, la democracia no tiene una vinculación estricta ni necesaria con una forma concreta de Estado o de gobierno. Este y no otro era el punto sobre el que orbitaba toda la argumentación de Rosa Luxemburg contra Bernstein. «La forma política —afirmaba— es, en todo momento, el resultado de la suma total de los factores políticos internos y externos, y admite, dentro de sus límites, la escala completa de los regímenes políticos, desde la monarquía absoluta a la república democrática». En segundo lugar, ya circunscribiéndolo a los debates en el seno de la socialdemocracia de la preguerra, porque la lucha por la reforma no dejaba de ser, *sensu stricto*, la

actuación dentro del último marco revolucionario logrado. ¿Acaso los límites legales en que se movían los socialdemócratas alemanes y, con más razón, los de la Europa occidental parlamentaria, no eran una herencia directa del período 1789-1848?^[19]

Desde luego, que el desarrollo burgués comportara la progresiva implantación de un régimen democrático —como, de hecho, parecen considerar muchos incluso hoy día— tiene más aspecto de ley histórica que de constatación empírica. Con seguridad, la Revolución de Noviembre es uno de los mejores ejemplos para observar cómo democracia y revolución podían ir de la mano. Incluso confundirse.

La revolución abre camino a la democracia

Para teorizar «las circunstancias en que los avances democráticos pueden producirse de verdad», ha explicado Geoff Eley, se debe «tener en cuenta la dinámica de la emergencia de la democracia, las contingencias y los contratiempos». Se sigue, ir más allá de una definición estrictamente jurídica. O, por decirlo con Lukács, contemplarla como el producto de un proceso y no como un estado. De este modo, observar «el resultado de la consecución de cambios institucionales específicos, de derechos jurídicos y de procedimientos formales» nos puede bastar (en realidad, lo ha hecho) para concretar la llegada de la democracia (formal) en Alemania a partir de 1919, pero puede contribuir peligrosamente a desdibujar (o incluso borrar) las potencialidades democráticas que la misma revolución abrió^[20].

Con la llegada del que sería el último

18.- J. Casanova, *Europa contra Europa*, pp.12-13.

19.- R. Luxemburg, *Reforma o Revolución*, pp. 72-73. Véase cap. «La conquista del poder político».

20.- G. Eley, «Democracia», pp. 120-121.

otoño de guerra, fueron programados súbitamente drásticos cambios que afectaban a las altas instancias de gobierno del Reich. Entre ellos, se contemplaba llevar a cabo una reforma integral del Estado que incluyera pasar el poder al Parlamento y, a través de él, a los partidos políticos. Tales cambios podían aparentar profundidad pero no dejaban de resultar estrictamente formales. En este sentido, lo primero que debe ser apuntado es que aquella mutación fue abierta con la guerra (o, más bien, con la inminente derrota) y en un sentido radicalmente vertical. Esto significa que no venía favorecida por una intensa movilización desde abajo continuada en el tiempo y acompañada por una no menos importante negociación, sino que, muy al contrario, había sido diseñada como una pérfora estrategia política.

El responsable de todo ello fue nada menos que el jefe adjunto del Estado Mayor General, Erich Ludendorff, quien ante la perspectiva de colapso inminente del frente occidental decidió, unilateralmente, dimitir de todos sus cargos y responsabilidades. Esto sucedió el 29 de septiembre y si bien la decisión tomó a todos por sorpresa, la misma obedecía a un plan delineado con el único objetivo de evitar que el ejército hubiera de gestionar una derrota de aquellas dimensiones. Así, desde la más alta instancia de gobierno que en aquellos momentos existía en Alemania, se improvisó una transición política encaminada a iniciar las conversaciones de paz con la Entente.

El primer escollo que encontraron los planes de Ludendorff fue partir de una premisa tan plana que resultó ser falsa: tomar como cierta la propaganda de guerra de las potencias de la Entente, muy especialmente de Francia y EE.UU., quienes habían presentado la contienda como una guerra por la democracia para justificar ante su ciudadanía el esfuerzo bélico y su entrada

en la guerra. Por supuesto, aquel conflicto jamás tuvo su motivación en ideal liberador alguno (menos aún en uno tan difuso y poco estimado como aquél), sin embargo, de alguna manera, se albergaba la esperanza de que, luego de la conversión del país, Alemania obtuviera un mejor trato en las negociaciones de paz. Pero no iba a ser así.

En primer lugar, porque establecer un régimen liberal parlamentario no equivalía a ‘decretar’ la democracia. Aquí la escasa sensibilidad que las autoridades alemanas poseían hacia el régimen representativo se volvió manifiesta. Por mucho que en las notas que la cancillería intercambió con Wilson se insistiera una y otra vez en que a partir de las reformas constitucionales llevadas a cabo, «el gobierno alemán ya no representaba a ningún régimen autocrático, sino únicamente al pueblo y a su Parlamento escogido libremente», tal cosa no resultaba creíble y no podía bastar para que Wilson acudiera ante el Congreso estadounidense y lo presentara como aval para un armisticio^[21]. En sintonía con esto, resultan ilustrativos los términos en los que el conde Hertling, canciller imperial del Reich durante la Gran Guerra, se refirió extrañado a la decisión del Alto Mando, afirmando que «de un día para el otro el jefe del Alto Mando del Ejército se había rendido a los pies del parlamentarismo, del que nunca antes había sido partidario»^[22]. Por supuesto, por la cabeza del viejo conde jamás rondó la peregrina idea de que fuera a ser instaurada en Alemania una democracia, como tampoco lo hizo por la de ningún miembro del Alto Mando. En realidad, ni siquiera estaba en la mente de los líderes socialdemócratas llegar tan lejos. De momento, aunque no sin discusiones y desavenencias, aceptaron el plan de Ludendorff, que contaba

21.- S. Haffner, *La Revolución Alemana*, p. 51.

22.- Cit. en Haffner, *La Revolución Alemana*, p. 35.

con el respaldo de Hindenburg y del propio káiser, Wilhelm II. Y, así, desde principios de octubre, el SPD se unió a una coalición gubernamental con socios de centro y bajo la dirección del príncipe Max von Baden, erigido en nuevo canciller.

Pero todos estos cálculos pasaban irremediablemente por Wilson, quien exigió gestos a las autoridades alemanas. En forma de tres telegramas que enviaría entre el 8 y el 23 de octubre, el presidente norteamericano exhortó a las autoridades alemanas a retirarse de las zonas ocupadas, poner fin a la guerra submarina y, finalmente, forzar la abdicación del káiser. De todas las condiciones, esta era la de más hondo calado político y también la que más contrarió a los militares. Los socialdemócratas, por su parte, luego de tantas décadas persiguiendo llegar al gobierno, no querían ni oír hablar de tocar la forma del Estado, aunque ello admitía sacrificar al káiser para salvaguardar la monarquía. Ese sería el nuevo programa del príncipe Max y también el que adoptó el SPD: abdicación del káiser-regencia-armisticio-asamblea nacional^[23]. Sin embargo, los acontecimientos se encargarían de revelar cuán frágiles eran aquellos planes.

Unos días después de la segunda nota de Wilson, el 20 de octubre, cuando ya había sido decretado el cese de la guerra submarina, los jefes de la flota alemana decidieron —*motu proprio*— plantear una última batalla contra la armada inglesa. En sí misma, aquella decisión representaba un acto de rebelión contra el nuevo gobierno y, de haberse producido, habría truncado por completo sus planes de lograr un armisticio. Lo evitó el amotinamiento de los marineros, que se negaron a zarpar argumentando que tal acción de guerra iba en contra de la política del nuevo ejecutivo^[24]. Por consiguiente, los

marineros de Wilhelmshaven se sublevaron *contra* sus mandos *en favor* de su gobierno. Días después, el domingo 3 de noviembre, una asamblea de soldados de infantería de marina y estibadores a la que se habían unido miles de trabajadores fue tiroteada cerca de la casa sindical de Kiel. El oficial que había ordenado disparar sobre los concentrados sería ajusticiado de un disparo instantes después. Aquel fue el pistoletazo de salida de la revolución. A la mañana siguiente, día 4, los marineros izaron la bandera roja en sus navíos y eligieron sus consejos de soldados. Creyendo que se trataba de una rebelión, Berlín envió aquella misma tarde como mediador al socialdemócrata Gustav Noske. Fue recibido entre vítores y nombrado antes de acabar el día presidente del Consejo de Soldados de Kiel^[25].

La motivación del motín de los marineros resultaba inversamente proporcional a la deslealtad de sus oficiales: unos anhelaban la paz que el nuevo gobierno trataba de conseguir; los otros buscaban continuar la guerra. De esta manera, revolución y paz se asociaron de una manera casi indivisible, de idéntico modo a como antes de 1914 el internacionalismo de los partidos obreros lo había hecho contra el imperialismo y la guerra. El mito, posteriormente construido, de la *Dolchstoß* («la puñalada por la espalda») trató de borrar —para cargar las culpas de la derrota sobre los partidos políticos y en particular sobre las izquierdas— el hecho cierto de que la revolución fue ‘forzada’. No sólo por las circunstancias, sino también por las decisiones de los mandos militares. Y es que en un régimen y una sociedad profundamente militaristas en las que el ejército había impuesto desde 1916 un es-

23.– *Ibidem*, pp. 52 y 96.

24.– *Id.*, p. 58.

25.– Gabriel Kuhn (ed.), *All power to the councils! A documentary History of the German Revolution of 1918-1919*, Oakland, PM Press, 2012, p. 3; Haffner, *La Revolución Alemana*, p. 61, a quien pertenece la observación de fidelidad de los marineros.

tado de dictadura militar, el movimiento en favor de la paz representaba una impugnación de todo el sistema y, por tanto, en sí mismo contenía un inmenso potencial revolucionario. En consecuencia, no fue la revolución la causa de la derrota (como se obcecarán en repetir años más tarde los grupos nacionalistas de derecha), lo mismo que la derrota tampoco fue la causante de la revolución, a pesar de contribuir decisivamente a ella. En cambio, el deseo de paz que albergaba el grueso de sectores populares, y hasta el funcionariado y numerosos mandos militares, acabó convirtiendo una insubordinación en una revolución y es lo que concedió a unos insurrectos devenidos en revolucionarios, de forma casi instantánea, la hegemonía política^[26].

El 1 de noviembre el káiser no estaba dispuesto a abdicar; ocho días más tarde, no tuvo más remedio que hacerlo. La revolución dio al traste con los planes del Alto Mando, del gobierno y de los socialdemócratas, convirtiendo aquella farsa de reformas en un verdadero proceso constituyente que la cúpula de un SPD ya asimilado como partido de Estado se encargaría de contener.

Revolución y democratización en las jornadas de noviembre

En palabras de Sebastian Haffner, la revolución no fue socialista o comunista, sino «republicana y pacifista; y sabido por todos y ante todo», «lo fue antimilitarista». A decir verdad, la inconmensurable adhesión de tropa y trabajadores que los marineros hallaron en la práctica totalidad de lugares por los que pasaron no tiene otra explicación posible^[27].

El poder militar se vio repentinamente



Rosa Luxemburgo y Kostia Zetkin, ca. 1907-1908. (Bundesarchiv).

desbordado por la fuerza de los acontecimientos. Prácticamente no hubo población de cierta entidad en la que no se repitiera la siguiente pauta, como si obedeciera a un plan perfectamente orquestado y ejecutado: los soldados de las guarniciones desobedecían y elegían a sus consejos; los obreros se declaraban en huelga y escogían los suyos de trabajadores; las autoridades militares capitulaban o desaparecían dejando un vacío de poder; las civiles, por su parte, impotentes, reconocían tímidamente la nueva soberanía de los consejos. «El mismo espectáculo se repetía por doquier: se veían por todas partes concentraciones de personas por las calles, grandes asambleas populares en las plazas de los mercados» y «escenas de hermanamiento entre marineros, soldados y civiles extenuados»^[28]. Así, ante un régimen militarista que había adquirido su grado más acentuado de autoritarismo durante la guerra por el peso que había ido

26.- F. Gallego, *De Múnich a Auschwitz*, pp. 35 y 37.

27.- S. Haffner, *La Revolución Alemana*, p. 65.

28.- *Ibidem*, p. 62.

ganando un ejército compuesto en su parte más cualificada por una gran mayoría de elementos aristocráticos, las multitudes de obreros y soldados contrapusieron la democracia directa de los consejos («el rasgo distintivo de la actividad revolucionaria en 1917-1923»)^[29]. Inclusive, poniendo en práctica figuras que hoy encuentran fuertes resistencias a ser implementadas en nuestros sistemas políticos, como la del revocatorio, de tal manera que si una comisión no realizaba satisfactoriamente la labor para la que había sido conformada, los mismos que la habían votado tenían la potestad de disolverla^[30].

La revolución brotó de este modo como si de una reacción espontánea y natural se tratara, desbordando en su desmesura el conjunto del otrora todopoderoso Estado alemán. Cuando, cinco días después de que obreros y soldados hubieran iniciado su andadura, llegaron a Berlín, la fuerza de la revolución pasó a expresarse también en un plano sobre el que adquiriría una nueva dimensión de particular fuerza en aquella era de comienzos de la política de masas: el simbólico, a través de la toma de un espacio público antes proscrito.

En efecto, el 28 de julio de 1914 había visto el último intento por atravesar la Unter der Linden Strasse y la Schlossplatz. La policía, acostumbrada a cerrar ambos puntos para impedir las marchas de los socialdemócratas en sus jornadas de júbilo, cortó aquel día el paso a los que se decidieron a protestar contra la inminente guerra. Entonces, el objetivo de los manifestantes fue desacralizar un espacio público que había servido tres días atrás para la congregación patriótica en favor de la conflagración; ahora, más de cuatro años después, servía

al espectáculo de empoderamiento de los revolucionarios. Por allí bajaron el 9 de noviembre obreros y soldados con pancartas que rezaban «¡Hermanos no disparéis!» («*Kein Bruderkampf!*»), encontrándose en su camino al Batallón de Fusileros de Naumburg, considerado particularmente *kaisertreu* (fiel al Káiser). Sorprendentemente, en una escena análoga a la de la marcha de mujeres rusas por las calles de Petrogrado en protesta por la falta de pan de febrero del año anterior y en la que la temible caballería cosaca decidió (al cuarto día) no cargar y unirse a la multitud, el batallón de Naumburg no sólo no disolvió a los manifestantes, sino que se unió a ellos^[31].

En parte, esto era consecuencia —tal y como ha señalado Peter Fritzsche— de la experiencia de la *Burgfrieden*, «en la que los alemanes se reconocían unos a otros como ciudadanos antes que como miembros de un partido». Sin embargo, por encima de las semejanzas en su desarrollo y la evidente influencia que la Revolución Rusa tendría sobre la futura Revolución de Noviembre, ambas coinciden en su origen en ser la respuesta a la guerra imperialista^[32]. Por supuesto, en uno y otro caso los fracasos militares jugaron un papel determinante en sus estallidos, pero éstos por sí mismos no sólo no los explican sino que tampoco fueron la chispa que los inició.

De entrada, porque venían de más atrás. La explicación quedaría excesivamente incompleta sin tener en cuenta las duras condiciones materiales de vida de la población, las cuales alteraron grandemente la conciencia política de las multitudes^[33]. Nue-

29.— Geoff Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2003, p.164.

30.— Eric D. Weitz, *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, Madrid, Turner, 2009, p.17.

31.— P. Fritzsche, *De alemanes a nazis*, pp.35 y 95-96; Josep Fontana, *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Barcelona, Crítica, 2017, p. 59.

32.— Luciano Canfora, *Democracia: historia de una ideología*, Barcelona, Crítica, 2004, pp.181-182. Lo de la *Burgfrieden*, en Fritzsche, *De alemanes a nazis*, p. 90.

33.— Véase P. Fritzsche, *De alemanes a nazis*, «El invierno de

vamente, el fenómeno no es diferente al del resto de países del continente —incluido España, que no era beligerante— aunque la respuesta al mismo venga en uno u otro lugar determinada por la contingencia. Así, ya desde finales de 1914, el gobierno imperial mantuvo una constante preocupación «porque la escasez de alimentos llevase a una protesta política». La situación, por supuesto, no hizo sino ir en aumento y desde fechas tan tempranas como 1915, la policía ya levantaba acta del «creciente deseo de paz en los barrios de clase trabajadora de Berlín»^[34].

En 1916, las dificultades con que se topó la población civil para alimentarse debido a la fuerte inflación impulsó enormemente el deseo porque se acabara la guerra. Un informe nuevamente de la policía de Berlín llegó a establecer una relación directa entre la escasez de alimentos y el desinterés progresivo por la marcha de los acontecimientos del frente. «La actitud de las mujeres hacia la guerra —se lee en dicho informe— puede ser sintetizada como ‘Paz a cualquier precio’». Por toda la geografía del Reich se registraron incontables disturbios por la escasez de alimentos y a las subidas de precios y a los gritos exigiendo pan pronto se les unieron los que clamaban por la paz^[35].

La paz fue, de esta forma, la principal causa de la revolución, lo mismo que la democracia estaba llamada a ser su principal consecuencia. Pero, a pesar de los miedos de las gentes de orden —entre quienes se contaba ya la cúpula socialdemócrata—, no sería la intención de los revolucionarios implantar un régimen socialista, por muchos elementos que hubieran tomado prestados de inspiración rusa, muy espe-

cialmente de la del mes de febrero, sino —como ha escrito Ferran Gallego— «edificar un régimen democrático donde las organizaciones de la clase obrera dispusieran de influencia»^[36]. Dicho en términos gramscianos, donde establecieran una *dirección*. En limitarla lo más posible se afanarían Ebert, Scheidemann, Noske y toda la plana mayor del SPD. Pero sus límites no sólo los impondría la socialdemocracia mayoritaria, sino también la inmadurez del conjunto del movimiento obrero, en el que dominaba el sectarismo.

En efecto, la del 9 de noviembre no fue una jornada monocromática aunque el «rojo» de la paleta de los obreros y los soldados predominara de un modo abrumador. Tal y como ha estudiado Peter Fritzsche, hubo una notable representación de la burguesía berlinesa que ese día se unió frente al Reichstag a las movilizaciones republicanas. Incluso, el día 10, la Nueva Liga de la Patria, una contrapartida progresista del conservador Partido de la Patria y que contaba con el apoyo de los intelectuales liberales «congregó a miles de ciudadanos bien vestidos en la Königsplatz». En torno a ellos estaba el escritor pacifista de tendencias socialistas Kurt Hiller, pero él y algunos de sus compañeros artistas e intelectuales fueron «rechazados en sus empeños por unirse a los trabajadores revolucionarios»^[37]. Mientras tanto, en algunos suburbios de clase media se establecieron consejos vecinales a los que se incorporaron grupos profesionales y asociaciones de voluntarios. Para el 18 de noviembre, habían logrado reunir nada menos que dos mil representantes, que se constituyeron como *Bürgerrat* del gran Berlín. De pronto, comenzaron a brotar infinidad de consejos provenientes de muy variados estratos burgueses, de funcionarios

los nabos», pp. 77-91.

34.- P. Fritzsche, *De alemanes a nazis*, p. 83.

35.- *Ibidem*, p.77. De las carestías de la población durante la guerra, en pp. 77 y ss. Lo de los gritos de «paz» en p.83.

36.- F. Gallego, *De Múnich a Auschwitz*, p. 37.

37.- P. Fritzsche, *De alemanes a nazis*, pp.106-107.

de rango inferior, abogados, periodistas, ingenieros, arquitectos, médicos y hasta panaderos, los empleados de correos, los repartidores, los taberneros o los maestros de escuela^[38].

No es que todos estos grupos no hubieran entrado en la órbita de las organizaciones de izquierda por el sectarismo de estas, pero no puede ser más cierto que a algunas se les cortó el paso, como a los más de diez mil empleados de oficina de simpatías izquierdistas que entraron en hilera el 17 de noviembre en el Zirkus Busch. Tuvieron que reunirse fuera cuando se llenó el recinto, pero brindaron «su apoyo a la revolución». A decir verdad, sería a lo largo de los años de Weimar y hasta su disolución en 1933 que «los grupos de interés oscilarían entre posturas populistas e incluso igualitarias y posiciones más oscuras y agresivamente antisocialistas». En no poco, su deriva dependía de los partidos de izquierda. Cada fin de semana desde el 9 de noviembre al fin del levantamiento espartaquista, fueron miles los berlineses que pasaron su tiempo en reuniones políticas. «Muchos de los participantes eran mujeres que estaban decididas a continuar ejerciendo las responsabilidades públicas que habían adquirido durante la guerra»^[39].

Y mientras todo ello sucedía, a Hindenburg y al Alto Mando no les quedó otro remedio que aceptar el nuevo orden impuesto. No obstante, durante todo lo que duraría el Reich, nadie pondría en cuestionamiento aquella votación del 10 de noviembre de los obreros y soldados de Berlín. Y eso que el gabinete elegido, compuesto por Ebert, Scheidemann, Landsberg (SPD) y por Hassase, Dittmann y Barth (USPD), acaparaba los poderes de presidente y canciller^[40].

Pero nunca se trató de tomar el poder. Sí, en cambio, de desarmarlo. Aunque desde el comienzo los consejos delegaron la tarea sobre sus representantes del SPD. Y dado que se enfrentaban a un régimen militarista y que el movimiento perseguía principalmente la paz, era puro sentido común eliminar la administración militar, la cual se había encargado de gobernar bajo ley marcial a través de las comandancias, las ciudades y los distritos alemanes durante la guerra. A decir verdad, lo que perseguían era echar por tierra los dos pilares que sustentaban, para Rosa Luxemburg, el reaccionarismo alemán. De esta manera, su autoridad fue reemplazada por la nueva de los consejos de trabajadores y soldados. En sí, era un giro radical, desde luego, pero estaba lejos de significar un cambio revolucionario. Por varios motivos.

En primer lugar, por el respeto con que fueron tratadas instituciones de evidente fidelidad imperial, como el funcionariado, la judicatura y el ejército. El Estado apenas se tocó y los funcionarios regresaron a sus puestos el lunes que siguió al «fin de semana revolucionario». El aparato administrativo mantuvo su actividad y si bien es cierto que ahora lo hacía bajo el control y la supervisión de los consejos, no lo es menos que la mayoría de éstos optó por mantener en sus puestos a los administradores municipales y a los asesores, consejeros, directores de ministerios y demás alto funcionariado que siguió trabajando como siempre, demostrando así voluntad de querer cooperar con una burocracia imperial a la que habrían debido intentar suplantar^[41].

En segundo lugar, el ejército, la policía y la judicatura no fueron tocados. Así, generales y mandos intermedios siguieron

38.– *Ibidem*, pp. 106-108 y 121.

39.– *Ibidem*, pp. 107, 108 y 109.

40.– Arthur Rosenberg, «After 9 November 1918», en A

history of the German Republic, <https://www.marxists.org/archive/rosenberg/history-weimar/index.htm> (consulta 11 de septiembre de 2019).

41.– P. Fritzsche, *De alemanes a nazis*, p.104-105.

comandando las tropas en ambos frentes, lo mismo que los jueces continuaron teniendo el poder de impartir la justicia imperial. Incluso el «gobierno del Reich era básicamente como el antiguo, lo único que había cambiado era que ahora, a la cabeza del gobierno, en lugar de un canciller imperial» había un consejo de «Comisarios del Pueblo», «entre los cuales, en realidad, uno de ellos seguía siendo el canciller: Ebert». Por último, la revolución tampoco se entrometió en cuestiones de propiedad privada y en las fábricas todo siguió funcionando igual a como lo había hecho antes del 4 de noviembre. Ni siquiera fueron ocupados los centros de comunicación y prensa, y los diarios conservadores (vale decir, contrarrevolucionarios) siguieron atacando desde sus tribunas la revolución^[42].

Muy probablemente, su decisión, por un lado, de no asaltar inmediatamente el poder y, por otro, de cederlo tan rápido al SPD —y, por extensión, a los partidos burgueses moderados—, redujo enormemente el alcance de aquella prometedorá democracia. Todo ello no anula, no obstante, el hecho cierto de que los inicios de la democratización de Alemania comenzasen con aquellos meses de noviembre.

La tibieza de objetivos prácticos de los consejos —en gran medida derivada de la falta de dirección política—, no les hizo perder de vista cuál debía ser uno de los primeros hitos a realizar: la reforma electoral, que habría de ser profunda para dar el mismo peso político a todos los ciudadanos alemanes, antes marginados por las leyes electorales. El SPD era el partido más grande y con mayor peso parlamentario del conjunto de partidos obreros del continente, de ello no hay duda, pero esto era exclusivamente cierto en el caso del Reichstag, cuyos comicios eran los únicos en que se

aplicaba el sufragio universal masculino. En las cámaras de los distintos estados (las cuales poseían gobierno propio y cierta autonomía), el voto contaba con variadas restricciones dependiendo del territorio de que se tratara. Por encima suyo se encontraba, además, el Consejo Federal (*Bundesrat*), el cual era regido por los delegados que enviaban los diferentes príncipes. Por lo demás, la Cámara de los Señores (*Herrnshaus*), de Prusia, elegida mediante sufragio indirecto basado en el nacimiento y el nivel de renta —el voto de las llamadas tres clases (*Dreiklassenwahlrecht*)—, era a efectos prácticos la que legislaba en Alemania (Prusia ocupaba tres quintas partes del territorio imperial, su rey era el emperador y su primer ministro era al tiempo canciller del Reich). De esta manera, la democratización pasaba tanto por la ampliación de derechos (reconocimiento del sufragio femenino, institucionalización de los convenios colectivos o reconocimiento sindical), como por la abolición de privilegios^[43].

Este fue el gran logro de la revolución, sacudir (algunas de) las fuertes ligaduras legales e institucionales que controlaban al pueblo en apenas unos días. Las mujeres y, en no poco, también amplios círculos de clase media, habían tenido cerrado el acceso a la política lo mismo que los sindicatos de clase en lo que se refiere a las relaciones de producción. La revolución les abriría paso franco a la vida pública. Para las clases dominantes, las aguas se desbordaban sin control. Era hora de volver a encauzarlas.

42.– S. Haffner, *La Revolución Alemana*, pp.113 y 64.

43.– Horst Möller, *La República de Weimar: una democracia inacabada*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2012, p.14. Lucian Boia, *La tragedia alemana, 1914-1945*, Madrid, Catarata, 2018, p.20. Fritzsche, *De alemanes a nazis*, pp.104, 118, 121-122, 124-125.

Contrarrevolución: la socialdemocracia renegada

Según el filósofo Slavoj Žižek, «el objetivo principal de la política antidemocrática es y siempre ha sido, por definición, la despolitización, es decir, la exigencia innegociable de que las cosas ‘vuelvan a la normalidad’»^[44]. En el contexto específico de aquel otoño, dicha definición equivale a contrarrevolución y comenzó en el mismo momento en que las oleadas de marineros, soldados y obreros entraron en Berlín. Ese mismo día, los socialdemócratas lanzaron un comunicado firmado por el propio Ebert —en calidad ya de flamante canciller del Reich— en el que se pedía abierta y urgentemente a sus conciudadanos abandonar las calles. Es decir, un llamamiento a la desmovilización. Lejos de seguir la consigna, un centenar de señalados sindicalistas decidió, al entrar la noche, ocupar el Reichstag y constituir en él un parlamento revolucionario. En virtud de ello convocaron para el día siguiente elecciones en cada fábrica y cada regimiento, mediante las cuales habrían de elegir un gobierno revolucionario integrado tanto por el SPD como por el USPD. Ciertamente, el espíritu revolucionario puede ser medido en términos de respuesta colectiva instantánea, pues lograron organizar una elección que resultaría masiva en apenas unas pocas horas. La *unidad* se erigiría en una consigna imperativa y el Consejo de Comisarios del Pueblo (*Rat der Volksbeauftragten*) que saldría de allí sería el órgano encargado de ejecutar las decisiones del nuevo parlamento.

Aquel 10 de noviembre, los socialdemócratas obtuvieron una inapelable victoria, otorgando a partir de entonces al movimiento una dirección muy definida. Las palabras de Friedrich Stampfer, entonces

el principal intelectual del SPD, ilustran el ritmo rápido que los acontecimientos estaban llevando en términos de contención revolucionaria. En su opinión, con la aprobación de las primeras leyes de la república, ya el 14 de noviembre, había quedado claro que estas no viraban hacia la constitución soviética, sino «hacia la democracia en el sentido del programa de Erfurt»^[45].

En realidad, la dirección del SPD sintió desde muy temprano un hondo rechazo a los acontecimientos de Rusia, lo que le hizo situarse a la defensiva ante un texto que se convertiría en la base de los programas de las izquierdas en las décadas sucesivas. Y es que la Constitución Soviética de 1918 ni mucho menos fue patrimonio exclusivo de los comunistas, que legaron al mundo una Carta Magna que aún hoy supone uno de los textos constitucionales más democráticos que se hayan escrito, a pesar de (o precisamente por) no haber sido jamás promulgada^[46].

En cualquier caso, tal y como se ha dicho, los candidatos del SPD arrasaron en aquellas elecciones al Consejo de Obreros y Soldados de Berlín, primero, y, después, a mediados de diciembre, a las del resto del país. Estos triunfos evitaron a los líderes socialdemócratas unas molestias más que predecibles. Máxime teniendo en cuenta que apenas resultaron elegidos algunos es-

45.- G. Kuhn, *Al power*, p.65..

46.- Por ejemplo, el reconocimiento de las libertades de reunión y asociación, y el de la libertad de prensa lo blindaba la concesión de medios técnicos y materiales para que cada centro de trabajo si quería pudiera editar sus propias publicaciones. El trabajo obligatorio garantizaba a un tiempo la manutención de cada individuo y la abolición progresiva de la aristocracia. La Iglesia y el Estado quedaban completamente separados; la enseñanza pasaba a ser de control exclusivamente público y se decretaba universal y gratuita; por su parte, la banca y la riqueza del país, quedaron nacionalizadas. La autodeterminación de las naciones fue reconocido como derecho y como medida de control de los gobernantes se instauró el mandato revocatorio.

44.- S. Žižek, *En defensa de la intolerancia*, p.26.



Wilhelmshaven, 6 de noviembre de 1918 (Deutschen Historischen Museum)

partaquistas, entre los que elocuentemente no figuraran los nombres de Liebknecht y Luxemburg. En adelante, el SPD podría situarse cómodamente en la jefatura de gobierno, desde donde aplicaría la línea reformista por la que decididamente apostaba^[47].

Sin embargo, las cosas no resultaron tan sencillas como las votaciones puedan dar a entender. Porque la consigna que emanó de los delegados obreros y soldados el 10 de noviembre fue clara: gobierno revolucionario de unidad. Así, a pesar de la aplastante victoria, resultó necesario incorporar al USPD en el nuevo ejecutivo. También (o sobre todo) para asumir conjuntamente las responsabilidades de su acción y no contar con una oposición de izquierdas fuera del mismo. La aceptación por parte de los socialistas independientes fue un alivio para los socialdemócratas, que ya disponían

de una amplísima mayoría en las nuevas estructuras revolucionarias. Pero el plan nunca fue gobernar conjuntamente, sino tan solo esperar el momento preciso para forzar la salida de sus socios. La oportunidad no tardaría en llegar, si bien inducida por los propios socialdemócratas, cada vez más ansiosos por encauzar un proceso hacia el que sentían una animadversión cada vez mayor. Llegados a este punto, para la cúpula del SPD «todo giraba en torno a una cuestión: dictadura de los consejos o democracia parlamentaria»^[48].

Uno de sus otrora principales líderes, ahora en las filas de los independientes, Karl Kautsky, escribiría el 6 de diciembre en el órgano de prensa del USPD (*Freiheit*) que los consejos habían sido imprescindibles en la primera fase de la revolución, la que implicaba la destrucción del viejo orden. Incluso, eran necesarios para asegurar

47.- F. Gallego, *De Múnich a Auschwitz*, pp.38-39. Haffner, *La Revolución Alemana*, p.119.

48.- S. Haffner. *La Revolución Alemana*, pp.105 y 117.

lo conseguido. Ahora bien, en una segunda fase de «construcción del socialismo», lo que requieren las circunstancias son instituciones estables, razón por la que abogaba por un órgano revolucionario lo más vertical posible^[49]. En su evidente conservadurismo, Kautsky aún se situaba a la izquierda del SPD, porque para este partido, los consejos habían sido «desde el principio, como una espina clavada: no se habían previsto, no se amoldaban al programa» e «impedían la alianza con los partidos burgueses y con el Alto Mando». No era ni podía ser de otro modo considerando que el objetivo nunca había sido la «destrucción del viejo orden» sino solamente su *reforma*^[50].

Ahora bien, sería un grave error trazar una línea recta entre el voto de los representantes de los obreros y soldados, y la praxis posterior del gobierno. No acostumbra a ser así nunca pero quizá con más razón que en ningún otro momento y lugar en aquellas elecciones revolucionarias. Los consejos ansiaban la revolución pero, por encima de todo, querían evitar una guerra civil como la que asolaba Rusia. Además, poseían una fe ciega en sus tradicionales representantes del SPD. Una fe que demostraron apoyando por abrumadora mayoría al comité ejecutivo del partido —y en primer término a Ebert—, votando a favor de la Asamblea Nacional en el Congreso General de Comités de Obreros y Soldados de Alemania de mediados de diciembre. Esto implicaba la supresión del sistema de consejos, algo que los propios delegados obreros asumieron. Además, también fueron echadas por tierra las pretensiones de los independientes de que a los órganos revolucionarios se les otorgasen los poderes legislativo y ejecutivo hasta la celebración de la Asamblea Nacional. Contrariados, los representantes del

USPD decidieron no participar en el Comité Central de la revolución.

Todo ello no significa que se hubiera renunciado a llevar a término una democratización lo más ambiciosa posible aunque aún no sobrevolaba la sospecha sobre un SPD a cuya política no hacía más que favorecer la aprobación de todas aquellas resoluciones. De hecho, durante las sesiones, el representante socialdemócrata Max Cohen se vio obligado a prometer —como si de una fórmula casi protocolaria se tratara— «democracia y socialismo» para calmar los ánimos de los allí congregados^[51]. En cualquier caso, todo parecía bajo control cuando la delegación de Hamburgo planteó una resolución sobre la reforma total del ejército. La revolución podía pecar de moderada o, incluso, de no tener claros sus objetivos, pero en este punto, de carácter irrenunciable, volvía a demostrar su decidida vocación antimilitarista. La aprobación parcial, aunque por amplia mayoría, de aquella propuesta aceleró los planes de la cúpula socialdemócrata, que había mantenido al frente del ejército a las viejas autoridades, comenzando por Hindenburg^[52]. Fue el momento de provocar la ruptura.

La que se conocería como la «Crisis de Navidad», comenzó porque el «comandante revolucionario de Berlín», el socialdemócrata Otto Wels, se negó a conceder la paga de navidad a la *Volksmarinedivision*, una división decididamente revolucionaria que, a tenor de los hechos, incomodaba grandemente a los líderes del SPD. Aquella peregrina forma de provocar un *casus belli* logró su objetivo, que acabó con el asalto al cuartel de los marineros por parte de las tropas leales a la dirección socialdemócrata en la mañana del 24 de diciembre. Cinco días después, los tres comisarios del pueblo

49.- G. Kuhn, *Al power*, p.70.

50.- S. Haffner, *La Revolución Alemana*, p.120.

51.- E. Weitz, *La Alemania de Weimar*, p.27

52.- S. Haffner, *La Revolución Alemana*, pp.125 y 126.

del USPD optaron por dimitir de sus cargos en el gobierno. La respuesta de los socialdemócratas habla por sí misma. En menos de un día, remodelaron el ejecutivo con dos de sus afiliados (Rudolf Wissel y Noske) y, por medio de un llamamiento al pueblo alemán, celebraron públicamente la dimisión de los independientes («La desavenencia entorpecedora se ha superado») al tiempo que pidieron, igual que habían hecho el 9 de noviembre, «calma y seguridad». La firma que cerraba el comunicado es tal vez la mejor síntesis que pueda enunciarse de las intenciones de la dirección del SPD: «Gobierno del Reich». La referencia al «Consejo de los Comisarios del Pueblo» también había desaparecido, lo mismo que la palabra «Revolución»^[53].

Hace ya varias décadas, Enzo Collotti apuntó los motivos para tan rápida pérdida de la iniciativa política: «la carga revolucionaria inmediata se revelaría más débil de lo que había parecido en un primer momento, y el movimiento de los Consejos, que había sido al principio su expresión más importante y original, al adaptarse a la orientación oficial de la socialdemocracia, volvió a colocarse muy pronto en las filas de la legalidad conservadora». Como escribiera con acierto Rosa Luxemburg, los Consejos sin la revolución estaban muertos^[54].

Acabar con los revolucionarios; cristalizar la reforma

La renuncia de los ministros del USPD dejó las manos libres al SPD para llevar a cabo medidas como la legalización de los *Freikorps* (grupos paramilitares de voluntarios reclutados por el propio cuerpo de ofi-

ciales) en lugar de impulsar la creación milicias civiles, tal y como habían propuesto los consejos de soldados^[55]. En este sentido, la obsesión socialdemócrata —compartida por sus socios de gobierno y por los aparatos del viejo Estado— por erradicar los consejos contrasta, desde luego, con la falta de pretensión de éstos de suplantar el sistema parlamentario, por mucho que se tuvieran a sí mismos por un instrumento de la revolución y de la democratización^[56].

Algunos años con posterioridad a aquellos sucesos, el general Groener —que en 1918 era uno de los hombres con más poder e influencia en el ejército— revelaría que durante la Revolución de Noviembre, el Alto Mando elaboró un «programa» que habría de ser ejecutado entre el 10 y el 15 de diciembre de acuerdo con el mismísimo Ebert. Aquel plan contemplaba que diez divisiones entrasen en Berlín para desarmar a los revolucionarios, restablecer el orden en el ejército mediante la reincorporación de todos los desertores a las unidades de reserva y purgar a los espartaquistas^[57]. Por imposibilidad de acometerlo en esos días, los planeas hubieron de ser postergados *sine die*, aunque sólo era cuestión de esperar un momento conveniente.

La noche del 5 de enero, tras una serie de manifestaciones enormemente numerosas en favor del jefe de policía Emil Eichhorn (miembro del USPD y afín a los consejos de obreros y soldados) y en contra de los intentos del gobierno del SPD de destituirlo de su cargo, varios líderes espartaquistas consideraron —en contra del criterio de Liebknecht y Luxemburg— que el momento de la revolución había llegado. La respuesta del Estado en términos de violencia sería tal que, en opinión de Mark Jones, sólo

53.- S. Haffner, *La Revolución Alemana*, pp. 129-130, 134 y 138.

54.- Cit. en S. Haffner, *La Revolución Alemana*, p.120. Enzo Collotti. *La Alemania nazi. Desde la República de Weimar hasta la caída del Reich hitleriano*. Madrid, Alianza, 1972, p.9.

55.- J. Fontana, *El siglo de la revolución*, p.86.

56.- S. Haffner, *La Revolución Alemana*, p.118.

57.- *Ibidem*, pp.121-123.

puede ser entendida como mensaje. Toda la «primera mitad de 1919 revela que los líderes» del nuevo régimen «estuvieron muy dispuestos a arrebatar el poder de las calles para poner fin al peligro de que los manifestantes pudieran llegar a decidir el futuro político de Alemania, y a utilizar la fuerza militar para terminar abruptamente el periodo de cambio revolucionario que había comenzado en noviembre de 1918^[58]».

A Gustav Noske, ministro de Defensa socialdemócrata, pertenece el dudoso honor de haber sido la punta de lanza de la contrarrevolución (o de la contención democrática) que dirigió el SPD. Es más, él fue quien la comenzó con su exitosa intervención ante los marineros de Kiel el 4 de noviembre y el que la llevó a su punto máximo como principal responsable de la represión que acabó en el asesinato de Luxemburg y Liebknecht por mano de los grupos de *Freikops* la noche del 15 de enero de 1919. Apenas un par de meses después del inefable suceso, Noske dictó una orden por la que se «permitía disparar contra toda persona que se enfrentase con las armas a las tropas gubernamentales». Fue la primera vez en el s.XX que el Estado autorizaba las ejecuciones contra civiles sin que mediara consejo de guerra o juicio civil alguno. Pero el motivo para tal *diktat* no fue el miedo (real o imaginario) a una insurrección armada contra la república, sino la avalancha de huelgas y movilizaciones obreras de protesta que se sucedieron por el país. El SPD, que antes de la guerra «había incluido peticiones para abolir en los juzgados alemanes la pena de muerte como castigo sobre los declarados culpables de cometer delitos capitales», reprimía trabajadores como los que entre los días 3 y 12 de marzo

habían declarado la huelga general^[59]. En palabras de Eric Weitz, el gobierno del SPD «consentía que las fuerzas de derechas la emprendiesen a tiros con unos trabajadores que luchaban por una Alemania más socialista y democrática»^[60]. Las multitudes, por medio de formidables demostraciones en las calles del país, habían llevado a los socialdemócratas al poder y ahora, desde gobierno, eran éstos los que reimplantaban el orden mediante una brutal violencia.

Con la situación bajo control, se pasó a la siguiente fase de cimentar las bases de la nueva república. Tal era la misión histórica de la Constitución de Weimar. Esto incluía, más que nunca, otorgar unas reformas de carácter social capaces de erigir consensos. Algunas ya habían sido introducidas por el primer gobierno revolucionario; otras, de importancia no menor, las decretaba la nueva Constitución, como el «reconocimiento del carácter vinculante de los convenios colectivos, [la] cobertura por parte del Estado en caso de desempleo y [las] ayudas a la maternidad y a la infancia». También se consagraron las «libertades fundamentales —la libertad de expresión y de prensa, la igualdad entre hombres y mujeres—» y «el derecho al sufragio universal y libre de todos los ciudadanos alemanes desde los veintiún años». A nivel territorial, las reformas consistieron en declarar Alemania un Estado federal en el que, si bien se reconocían algunos pequeños estados, el Gobierno central acaparaba más poder que en tiempos del káiser. En cuanto al sistema político, es cierto que se alineaba más «con los países liberales de occidente y el norte de Europa que con el antiguo modelo imperial o los vigentes en países de Europa central y del este» pero, remanente natural del pasado que acababa de descomponerse,

58.– Mark Jones, «Alemania 1918-1919: la revolución de la violencia», *Pasado y Memoria*, nº15, 2016, pp.48, 61 y 62. La toma de la comisaría el 9 de noviembre la explica Fritzsche en *De alemanes a nazis*, pp.98-99.

59.– Mark Jones, «Alemania 1918-1919», p.53.

60.– E. Weitz, *La Alemania de Weimar*, p.28.

otorgaba unos poderes excesivamente amplios al presidente de la república, en situaciones tanto de emergencia como cotidianas (podía nombrar canciller y legislar sin tener en absoluto en cuenta el Parlamento, que también tenía potestad para disolverlo, mediante decretos-ley). Este enorme refuerzo del poder ejecutivo, no es necesario decirlo, suponía un mecanismo escasamente democrático, como se demostrará en los años finales de la república^[61]. Sea como fuere, aquellas reformas volvieron aquel Estado netamente más liberal y le otorgaron algunas valiosas herramientas con las que poder iniciar la vía de una potencial democratización.

Que la convirtieran *per se* en una democracia ya es algo distinto. De hecho, consecuentemente, aquella Constitución carecía de un preámbulo que proclamase a Alemania una nación democrática. En primer lugar, porque tal cosa habría podido ser vista por los alemanes como una claudicación más de guerra, luego de que, tal y como ya se ha apuntado, los aliados —y especialmente Francia— hubieran identificado durante la contienda su causa contra el imperio alemán como una cruzada en favor de la democracia. En segundo lugar, porque tal carencia era coherente con las corrientes dominantes en la sociología política de entonces, ejemplificada en intelectuales como Mosca, Pareto, Michels, Croce u Ortega y de la que bebía y formaba parte, como mínimo, uno de sus principales redactores: Max Weber. Por último, como más adelante pondrían de manifiesto las sucesivas crisis de gobierno, porque las reformas sociales

eran fácilmente enmendables con los recursos ‘democráticos’ que la propia república otorgaba.

En el caso de las reformas laborales, el acuerdo entre empresarios y sindicatos que se alcanzó continuaba el corporativismo del pacto de 1916, aunque incorporaba la creación de comités de fábrica, la jornada de ocho horas, el arbitraje obligatorio y la liquidación del sindicalismo amarillo. Sin embargo, se probarían particularmente débiles ante difíciles contingencias, como las crisis inflacionistas que padecerá el país durante la década siguiente y convertirán aquellos acuerdos en papel mojado^[62].

La revolución, es cierto, dio a los socialdemócratas la posibilidad de hacerse con el poder real, ya que había sido conquistado el principal baluarte sobre el que se sustentaban los grandes industriales y los *junker* alemanes: el ejército. Pero la dirección del SPD jamás pretendió seguir esta vía. Sus aspiraciones nunca pasaron de llevar a cabo un programa de reformas e incluso, en los primeros momentos, por realizarlo dentro del régimen monárquico. En este sentido, el proyecto de espartaquistas y demás revolucionarios, no por indefinido, poseía menos alcance en términos democratizadores. Por decirlo atendiendo a la panorámica histórica del período, el SPD no buscaba trascender el parlamentarismo burgués (de hecho, se ufanaron en su sostenimiento); en cambio, aquellos situados a su izquierda, luchaban por instituir unas bases nuevas, mucho más semejantes a las que erigiría en Europa «el espíritu del 1945». Como ha señalado Jeffrey Herf, «Weimar era un esfuerzo por establecer la *democracia política* sobre cimientos sociales conservadores»^[63].

61.– E. Weitz, *La Alemania de Weimar*, p.30. Gertrude Lübbecke-Wolff, «El concepto de democracia en la Constitución de Weimar», *Revista de Historia Constitucional*, nº 20 (2019), p.265. José Ramón Díez Espinosa, «La democracia parlamentaria en la República de Weimar: entre el mito y la realidad», *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, nº 18 (1998), p.311.

62.– F. Gallego, *De Múnich a Auschwitz*, p.41.

63.– Keith Bullivant [et al.], *Crónicas de la Revolución Conservadora*, Tarragona, Ediciones Fides, 2016, p.33.

Democracia y dictadura en el espartaquismo

Los partidarios de la radicalidad democrática se agruparon mayoritariamente alrededor de la *Spartakusbund* y fueron, sin lugar a dudas, los grandes derrotados de la revolución. Este grupúsculo, fundado el 1 de enero de 1916 en la casa de Karl Liebknecht, tenía en él y en Rosa Luxemburg a sus dos principales líderes, los cuales se habían pasado el último año y medio en prisión por organizar una protesta contra la guerra el 1º de Mayo de dicho año, al que acudieron en torno a diez mil manifestantes. Precisamente, en su oposición a la conflagración tuvo este grupo su génesis^[64].

En este sentido, el estallido de la revolución en Rusia —en tanto que había tenido su chispazo en los problemas de subsistencia de la población civil pero su fuerza en la oposición a la guerra— hizo a los espartaquistas reconocerse de inmediato en los soviets rusos y nunca rechazaron, a pesar de las críticas que vertieron sobre la dirección bolchevique, esta identificación^[65]. Tampoco la propia Rosa Luxemburg, que sería particularmente dura con sus dos principales líderes, Lenin y Trotsky^[66]. En su conjunto, la consideraban parte integrante de la tradición de movimientos democráticos o igualitarios que en diferentes momentos había recorrido Europa. Su repaso partía de los reformistas del siglo XVI y continuaba con las grandes revoluciones de los siglos XVII y XVIII. Con los *Digger* y *Leveler* del período 1642-1649 (definiendo a los primeros como movimiento revolucionario y

como partido democrático a los segundos); con los jacobinos en la Revolución Francesa, pues habían sido los grandes baluartes de las conquistas revolucionarias y de la liquidación del feudalismo; con los revolucionarios de 1830 y 1848, así como con los liberales ingleses y alemanes del siglo XIX. En palabras de Lukács, con los luchadores por la «corrección democrática» plebeya, en contraposición con los defensores de una forma de «parlamentarismo puro». A la postre, ellos acabarían deviniendo una referencia histórica en esa misma línea que dibujaban, a la cual hará referencia Walter Benjamin en su último escrito, mientras escapaba del nazismo^[67].

Sin embargo, a pesar de que los espartaquistas vivieron los acontecimientos de los días 4-9 de noviembre como su particular «momento soviético», a diferencia de los bolcheviques rusos, tuvieron escaso éxito en sus tentativas de influir en el proceso revolucionario. Como quiera que fuere, el punto cardinal de la problemática que para el obrerismo —muy especialmente, para su ala izquierda— se aceleró con la guerra europea residía en dicha línea histórica: la cuestión democrática. Es importante apuntar, no obstante, que ésta padecería enormes alteraciones en un lapso de tiempo increíblemente corto, comenzando, es claro, por su dimensión discursiva. El cambio dramático lo representó, a todos los niveles, 1917, aunque la fecha no indica el comienzo del cambio de discurso —que no tardaría en llegar—, sino simplemente el año del acontecimiento que lo facilitó.

Así pues, puede resultar paradójico que ante los inminentes derrumbes militares de Alemania y Austria-Hungría, la guerra

64.- Soledad Bengoechea, «Los espartaquistas», A. Andreassi (coord.), *Crisis y revolución. El movimiento obrero europeo durante la guerra y la revolución rusa*, Barcelona, El Viejo Topo, 2017, p.104.

65.- H. Möller, *La República de Weimar*, 2012, p.11.

66.- Véanse las pp.69-71 de su *La Revolución Rusa*, Madrid, Akal, 2017.

67.- Concretamente, en su Tesis XII. Carta Espartaco, nº 12, cit. en G. Badia, *Los espartaquistas*, Barcelona, Mateu, vol.II, 1971, p.79-80; R. Luxemburg, *La Revolución Rusa*, pp.23-25 y 29. Georgi Lukács, *El hombre y la democracia*, Buenos Aires, Contrapunto, 1985, p.54.



Barricada de papel levantada por los espartaquistas junto a la editorial Mosse, en el «Distrito de los periódicos», en Berlín, enero de 1919 (Fuente: Wikimedia Commons).

de propaganda no sólo no disminuyera sino que aumentara cualitativamente, pero es que el objetivo había cambiado. El enemigo ya no era un adversario militar (la Alemania «kaiserista») sino uno simbólico (el naciente Estado obrero), lo que significaba que la amenaza no era sólo foránea, también interna. En consecuencia, los mensajes se orientaron a combatir «la ola radical que partía de Rusia» y que parecía arrastrar todo a su paso. En Europa del este y de Alemania a los Balcanes, allí donde antes había regímenes monárquicos con libertades políticas y civiles tremendamente restringidas, pasaron a constituirse «repúblicas democráticas cuya base en todas partes eran los Consejos de obreros». Y su influencia se extendió hasta Italia y llegó a amenazar incluso Francia^[68].

68.- Arthur Rosenberg: *Democracia y socialismo. Aporte a la historia política de los últimos 150 años*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1966, p.282.

Con el fin de evitar en lo posible la adhesión de sus multitudes, enfurecidas, frustadas y hambrientas por la guerra al nuevo Estado obrero, los distintos países comenzaron, por un lado, a intensificar el discurso en torno a la democracia como oposición a la dictadura del proletariado que acababa de ser implantada en Rusia. Por otro lado, a llevar a cabo hondas reformas sociales que antes de 1914 habrían sido impensables. Como ha dicho Margaret MacMillan, «la revolución bolchevique contribuyó a que se produjese un cambio milagroso en la actitud de las clases gobernantes occidentales^[69]».

Fue en ese contexto en el que Lenin, en lugar de continuar enarbolando la que hasta entonces había sido su bandera, la democrática, allanó el camino del discurso de los regímenes liberal parlamentarios. En un

69.- Margaret MacMillan, *París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Barcelona, Tusquets, 2011, p.135.

momento de ofensiva obrera, simplificó el argumentario y pasó a hablar de «dictadura del proletariado» como única antagonista de la «democracia burguesa». La entrega del concepto se produjo casi por defecto. Fue un error histórico que el obrerismo habría de arrastrar por decenios y que pagará con creces en entreguerras.

No hay espacio aquí para plantear la evolución acelerada que el término dictadura sufrió en el siglo XX, a partir muy especialmente de 1917, pero es esencial apuntar que, aún por esas fechas, por dictadura todavía se entendía, como en la Antigüedad, el poder unipersonal de un individuo; en ningún caso el concepto se aplicaba al dominio ejercido por un grupo o una clase social. De tal manera que cuando desde el movimiento obrero hablaban de «dictadura del proletariado» lo hacían, como habían hecho siempre, como sinónimo de su proyecto democrático, en contraposición a los regímenes liberal parlamentarios^[70].

En virtud de todo ello, la disyuntiva que antes de la guerra se había empleado en el seno del movimiento obrero había sido, de una forma mayoritaria, «democracia» *contra* «parlamentarismo», pero la variedad de apelativos y adjetivaciones —que al lector no habituado podría parecer hasta contradictoria— con que el obrerismo se refería al proyecto democrático es notable. En sus apelaciones, es común encontrar, sencillamente, la palabra «democracia», aunque lo más habitual era que a continuación apareciera «social», «socialista», «consejista», «obrero», «económica» o la fórmula —que muy pronto quedaría obsoleta— de «dictadura del proletariado». Delante de esta variedad semántica, no resulta extraño que el experto en Grecia y Roma clásicas, Arthur

Rosenberg, acuñara la suya propia: «la democracia más antigua» (en esencia, la que antepone el contenido socioeconómico sobre la pura forma política).

En este sentido, es interesante observar cómo uno de los principales teóricos del movimiento obrero como Rosa Luxemburg, empleaba ambos términos de forma intercambiable:

La democracia socialista comienza simultáneamente con la destrucción del dominio de clase y la construcción del socialismo. Comienza en el momento mismo de la toma del poder por el partido socialista. Es lo mismo que la dictadura del proletariado. ¡Sí, dictadura! Pero esta dictadura consiste en la *manera de aplicar la democracia*, no en su *eliminación*, en el ataque enérgico y resuelto a los derechos bien atrincherados y las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin lo cual no puede llevarse a cabo una transformación socialista. Pero esta dictadura debe ser el trabajo de la *clase* y no de una pequeña minoría dirigente que actúa en nombre de la clase; es decir, debe avanzar paso a paso partiendo de la participación activa de las masas; debe estar bajo su influencia directa, sujeta al control de la actividad pública; [...]^[71]

Por supuesto, todavía en plena guerra, Luxemburg, lo mismo que el grueso del obrerismo, enarbolaba el estandarte democrático con la convicción que tradicionalmente lo había hecho. Esto incluía, obviamente, una jerarquización de categorías («La cuestión planteada por la historia en el orden del día es: democracia BURGUESA o democracia SOCIALISTA») pero también el empleo del polémico concepto, en el sentido que ya ha sido apuntado («la dictadura del proletariado, es la democracia en sentido

70.— Para la proximidad de significado de los conceptos Arthur Rosenberg, *Democracia y lucha de clases en la Antigüedad*, Barcelona, El Viejo Topo, 2006, p.45 y L. Canfora, *Democracia*, p.14.

71.— R. Luxemburg. *La Revolución Rusa*, p.69.

socialista del término»^[72]). A decir verdad, el tema resultaba recurrente:

[...] siempre hemos diferenciado el contenido social de la forma política de la democracia *burguesa*; siempre hemos denunciado el duro contenido de desigualdad social y falta de libertad que se esconde bajo la dulce cobertura de la igualdad y la libertad formales. Y no lo hicimos para repudiar a estas sino para impulsar a la clase obrera a no contentarse con la cobertura sino a conquistar el poder político, para crear una democracia socialista en reemplazo de la democracia burguesa, no para eliminar la democracia^[73].

Precisamente, en la distinción entre *contenido* y *forma* es donde residía el núcleo conceptual del obrerismo en torno a la democracia. Sin ella, sencillamente, no es posible entender el discurso político del movimiento obrero. Su presencia es constante, incluso en panfletos de propaganda repartidos por diversos lugares de Alemania en estos años por grupos más o menos vinculados al movimiento espartaquista y, después, al KPD. En ellos, pueden leerse críticas hacia una «democracia política [que] no impide las exuberantes riquezas de unos sobre la pobreza y la miseria de muchos millones»; peticiones para instaurar no sólo «la democracia política sino también la económica», planteándose como objetivo final la «democracia socialista»; o propuestas para que sea elaborada una Constitución vaciada en «valores proletario-democráticos»^[74].

El sentir de esos panfletos estaba en realidad en perfecta sintonía con el de muchos independientes y futuros adscritos al Partido Comunista Alemán. Por ejemplo, para el miembro del USPD, Rudolf Breitscheid, la democracia no significaba «únicamente todo para la gente, sino también todo por la gente». En unas relaciones sociales capitalistas, añadía, «la democracia formal no ayuda a los trabajadores, no importa cuán hermoso sea el papel en el cual venga escrita tal cosa». A entender de Breitscheid, sólo mediante la revolución sería posible «desarrollar los aspectos formales de la democracia»^[75].

En un sentido similar se expresaba el dirigente del USPD Ernst Däumig, quien se encargaría de redactar el programa revolucionario del mes de noviembre: «Los defensores de la democracia formal y el parlamentarismo están en lo cierto: la idea de los consejos y el sistema de consejos no pueden coexistir con la democracia en un mundo capitalista, puesto que la democracia en un mundo capitalista nunca puede ser más que igualdad política formal». En su discurso del 19 de diciembre ante el Congreso de los Consejos, Däumig siguió dando vueltas sobre esta idea: «La vieja democracia burguesa, con sus papeletas y sus pequeños parlamentos no existirá para siempre. Existe bajo circunstancias históricas específicas. Hoy, con el socialismo naciente como la nueva base del mundo, la democracia burguesa será inevitablemente reemplazada por la democracia proletaria, expresada en el sistema de consejos». Y esta, a su vez, proporcionará «muchas más garantías» para que Alemania tenga unas relaciones de paz y amistad con sus vecinos. De nuevo, la cuestión del pacifismo como complemento natural de la democra-

72.- R. Luxemburg, «La Asamblea Nacional», *Die Rote Fahne*, 20 de noviembre de 1918.

73.- R. Luxemburg, *La Revolución Rusa*, p.68.

74.- «An das deutsche werftätige Volk!», «Kameraden und Genossen», «An die Arbeiter-u. Soldatenräte Deutschlands», 1918-1919, Rabochiie i soldatskiie soviety v Germanii (1918-1919), Registro 47 / Unidad de almacena-

miento 101, Carpeta 2, corpus 3, (TsSPI - GPIB).

75.- G. Kuhn, *All power*, p.68.

cia volvía a surgir^[76].

Poco más o menos, es la misma idea de la «democracia obrera» como fórmula para «una nueva sociedad de obreros sin miedo o necesidad» que formularía el comunista *Icarus* (sobrenombre con el que firmaba sus artículos Ernst Schneider, quien había protagonizado una espectacular fuga de prisión en 1920 y que formaba parte de la flota de Wilhelmshaven en el momento de la revuelta de noviembre), refiriéndose a los anhelos de los marineros a comienzos de enero de 1919^[77]. Apenas dos meses atrás, días antes de que estallara la revolución, los espartaquistas, por boca de su diputado Otto Rühle, aprovecharon una intervención en la que se exigió la dimisión del káiser para manifestar su oposición «a esta pretendida democracia, a este parlamentarismo», ya que las «masas, para sentirse libres, tienen necesidad de otra cosa: la democracia del socialismo, la república fundada sobre la revolución socialista». Y, volviendo la mirada a cien años atrás, Rühle realizaba una analogía entre la actual coalición de países contra la revolución en Rusia y la Santa Alianza contra las revoluciones liberales que durante el primer cuarto del siglo anterior había proyectado la restauración del Antiguo Régimen^[78].

Precisamente a la otra cara de aquella lucha, la de en favor de la democratización, dedicó su última obra el que años más tarde sería profesor de la Universidad de Berlín y que, en 1918, acababa de afiliarse al joven USPD: Arthur Rosenberg. De título nada inocente, *Demokratie und Sozialismus* supone un repaso del movimiento por la democratización en Europa desde finales del siglo XVIII. Como no podía ser de otra forma, el problema semántico en torno a la voz

democracia en este momento de inflexión y disputa por el concepto aparece aquí de manifiesto. Rosenberg escribe así que, tras 1918, la disyuntiva entre la «auténtica democracia popular de los Consejos contra democracia alterada e insuficiente del parlamento burgués» era falsa, puesto «que la consigna de la lucha era simplemente: ‘Democracia contra dictadura’». Que esto no supone renegar *per se* de una terminología que el obrerismo llevaba tanto tiempo empleando lo demuestra el mismo Rosenberg, al apuntar tan sólo unas líneas después que: «En Rusia se materializaba ahora la dictadura democrática de obreros y campesinos. La renovada democracia social rusa» «que surgió de la revolución triunfante». Su coherencia terminológica contrasta con lo que a ojos actuales puede parecer una agrupación enmarañada de oxímorons^[79].

Esa misma línea la seguía Rosa Luxemburg cuando, en su folleto de crítica a la Revolución Rusa, acusó a los líderes mencheviques Pável B. Axelrod y Fiódor I. Dan (a los que llamó «kautskianos rusos») de querer «a toda costa» «colaborar con las clases y los partidos que significaban el mayor peligro y la mayor amenaza para la revolución y la primera de sus conquistas, la democracia»^[80]. Con ello, situaba, de manera completamente natural, ambos conceptos sobre un mismo plano. Y es que la revolución era a la democratización lo que la contrarrevolución al viejo orden. La primera suponía —igual que lo había sido en el siglo anterior— la forma de llevar adelante la democratización, un proyecto que ya había abanderado la burguesía progresista antes de que aparecieran las organizaciones socialistas y que estas, a su vez, no habían hecho más que recoger su testi-

76.– *Ibidem*, pp.54, 43 y 47, respectivamente.

77.– *Ibidem*, pp.13-14. La explicación del apodo en p.3.

78.– G. Badia, *Los espartaquistas*, vol. II, p.85.

79.– A. Rosenberg: *Democracia y socialismo*, pp.296 y 281, respectivamente.

80.– R. Luxemburg, *La Revolución Rusa*, p.21.

go. Y de la misma manera que había ocurrido a lo largo de la centuria anterior, la interconexión continental se reflejaba en la respuesta de las clases dominantes. De la coalición articulada por el canciller Metternich en el Congreso de Viena, a la intervención extranjera orquestada contra el brote revolucionario en Rusia.

Conclusiones

La plasmación del proyecto de la cúpula socialdemócrata resultó ser sensiblemente distinto del que sus bases podían esperar cuando votaron en favor de la Asamblea Nacional y en contra de sus propios consejos en diciembre de 1918. Las maniobras que llevó a cabo el SPD para que el movimiento por la democratización —o como tradicionalmente se le ha denominado, revolucionario— redujese sus objetivos drásticamente, no era algo con lo que contaran sus afiliados o simpatizantes. Este fue —en opinión de Josep Fontana—, «tal vez el rasgo más notable de la contrarrevolución», «el protagonismo que adquirieron en este proceso los partidos socialdemócratas»^[81]. Todo ello ahondó en la división del obrerismo entre socialdemócratas y comunistas. Los últimos querían trascender el orden vigente; los primeros reformarlo. La consecuencia inmediata fue el debilitamiento de la izquierda, incluido el distanciamiento con la burguesía progresista; a medio término, supuso el ascenso de la derecha antidemocrática.

Los partidos comunistas, es cierto, entraron en una política aislacionista a partir, muy especialmente, del V Congreso de la *Komintern* en 1924, primero, y de la consigna del «clase contra clase» tras el VI Congreso cuatro años más tarde, en el que se etiquetó a los socialdemócratas de «so-

cialfascistas». No obstante, hasta 1922, durante los cuatro primeros congresos de la *Komintern*, *grosso modo*, puede decirse que se intentó buscar, como mínimo, una cierta unidad dentro de las filas del obrerismo. Es cierto que, desde 1921, bajo la égida de la Internacional Comunista pero aún no se rechazaba, a diferencia de lo que sucedería más tarde, la colaboración con los socialdemócratas. La situación se mantendría en un delicado equilibrio hasta 1923, mientras la «lucha entre el imperialismo internacional y la renovada democracia social, que salía de Moscú» resistió la refundación burguesa. Aunque «el resultado fue una completa derrota de la democracia en todos los frentes. Ante todo, en Rusia mismo»^[82].

Ahora bien, ¿jugó la socialdemocracia un rol más incluyente? No lo parece. Su estrategia de defensa a ultranza del *statu quo* la convirtió en una opción irreconciliable para una gran parte de la masa obrera. Pese a ello, los trabajadores avalaron, en muchos sentidos, al menos inicialmente, esa línea política afiliándose en masa y en un tiempo récord a los partidos socialistas. Es verdad que la tendencia de crecimiento exponencial de las organizaciones obreras tras la guerra es un hecho no ya europeo sino mundial, aunque en ningún otro lugar del viejo continente adquirió las dimensiones de la socialdemocracia alemana^[83].

No obstante, pese a resultar evidente que la revolución había logrado ser contenida, el impulso de los días de noviembre no desapareció. Hasta mediados de 1919, las acciones de los sectores obreristas que reivindicaban la continuidad de los consejos como pilar básico de la nueva Alemania seguirían muy presentes y acabarían por traducirse en una increíble pérdida de

81.– F. Fontana, *El siglo de la revolución*, p.82.

82.– A. Rosenberg, *Democracia y socialismo*, p.283; G. Eley, *Un mundo que ganar*, pp.227-228.

83.– F. De alemanes a nazis, pp.120 y 121.

votos y afiliados para el SPD^[84]. Así, el «referéndum de las urnas» —como se le llama hoy día— fue contundente en términos de penalización política y de los once millones de sufragios que el partido había recibido en las primeras elecciones republicanas, cinco millones y medio decidirían escorarse a la izquierda en las siguientes^[85].

Las fatales consecuencias que esta división tendría para el futuro de Alemania y Europa son de sobra conocidas. No obstante, el *focus* de esta culpa ha mirado de un modo prácticamente exclusivo hacia el maximalismo de izquierda y poco o nada hacia el posibilismo socialdemócrata. Pero, ¿en qué medida la política reformista, antítesis de la revolucionaria, en aquel mundo liberal en descomposición no era adversaria de la democracia?

La lectura histórica varía dependiendo de qué se entienda por democracia juntamente con el grado de funcionalismo que se aplique. Así, si se considera que al «orden autocrático e imperial le sucedió desde el primer momento una época de democracias parlamentarias y constituciones liberales y republicanas», es (hasta cierto punto) normal que se cargue la culpa primigenia de su destrucción sobre el radicalismo de izquierdas. De tal manera que aquel nuevo y prometedor orden habría sido echado por tierra por la amenaza conjunta de «la revolución, los disturbios sociales y el fascismo»^[86]. El mito, tan firmemente asentado, de que soluciones moderadas hubieran impedido respuestas extremas como la fascista, aparece aquí en su máxima potencia. Sin embargo, convendría que fuera desterrado de una vez por todas. Esencialmente, porque

la parte más cualificada de quienes arrojaron, simpatizaron e incluso acabaron en las filas del fascismo, tuvieron su caballo de batalla en impedir la democratización de sus sociedades, aunque lo verbalizaron en términos de «combatir la revolución».

La socialdemocracia, qué duda cabe, quería democratizar sus sociedades, pero acabó combatiendo estrategias que, como la revolucionaria, había defendido hasta pocos años antes mientras que las tesis reformistas, a partir de las fuerzas que la Gran Guerra desató, se volvieron entelequias. La propia dinámica de entreguerras se encargaría de demostrarlo^[87]. En el caso del SPD, en tanto en cuanto era el principal partido del nuevo régimen, habría debido acometer unos cambios que no lograron incorporar nuevas fidelidades ni tampoco mermar las viejas. De tal manera que reformas como la agraria en los territorios de Pomerania y Prusia Oriental, cuando trató de ser emprendida, no tocó las bases del poder político y económico de los Junkers, y la que afectó a la industria tampoco atacó de manera sustancial las relaciones entre el capital y el trabajo. «La retórica socialista —ha escrito Ramón Díez Espinosa— apunta hacia una demoledora mayoría electoral que garantice la ruptura con el pasado en materia política y económica y el tránsito al socialismo. La praxis socialista apunta en otra dirección»^[88].

Tiene razón Ferran Gallego cuando afirma que la llamada coalición de Weimar

84.– Alejandro Andreassi Cieri, *El compromiso fáustico. La biologización de la política en Alemania, 1870-1945*, Barcelona, El Viejo Topo, 2015, p.230.

85.– J. R. Díez Espinosa, «La democracia parlamentaria», p.303.

86.– J. Casanova, *Europa contra Europa*, p.12.

87.– Para un repaso de los casos del Partido Obrero Belga, del propio SPD y de un sector del laborismo británico y del socialismo francés que acabó en el acercamiento hacia las soluciones anticomunistas planteadas por el fascismo, véase José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España*, Barcelona, Pasado y Presente, 2015, pp.20-27; F. Fontana, *El siglo de la revolución*, pp.99-147; G. Eley, *Un mundo que ganar*, pp.169-178 y 221-229.

88.– J. R. Díez Espinosa, «La democracia parlamentaria», p.303.

(SPD, Zentrum y el DDP de los demócratas alemanes) no sólo tuvo como objetivo impedir una teórica revolución socialista, sino también que se ahondara en los aspectos de profundización más puramente democrática, lo que habría permitido el acuerdo con los socialdemócratas de izquierda^[89]. Y, quizás y por extensión, lograr una base social sólida favorable al nuevo régimen, una carencia que se probaría funesta a comienzos de los años treinta.

Pero no era un mero problema de acuerdos políticos por arriba sino de alianzas de clase cuya falta de plasmación tuvo dramáticas implicaciones socioeconómicas que favorecieron el desarrollo y posterior crecimiento descontrolado de los más enconados enemigos de la democratización. En rigor, la democracia alemana, en coherencia con el modo en que llegó, se vio imposibilitada para desarrollar el *contenido* dentro de la *forma* política. Remitiéndonos nuevamente a Ferran Gallego, «la dificultad para consolidar una democracia a través de un pacto social que sólo reconocía como interlocutores a los sindicatos de los obreros industriales y a los empresarios mejor situados en la asociación de industriales (*Reichsverband der deutschen Industrie*)», pasó inadvertida para los contemporáneos, pero resultó decisiva. Conforme se sucederían las crisis económicas a lo largo de la década, los grupos de clase media y trabajadora no vinculados al sindicalismo católico o socialdemócrata serán fuertemente castigados por dichas malas coyunturas, lo que hará saltar por los aires el pacto social de 1918. En muy poco tiempo, esos amplios sectores populares considerarán la legitimidad republicana sectaria y excluyente, yendo a parar al «proyecto de cohesión alternativo» que ofrecía el «populismo fascista»^[90].

Fue una trágica oportunidad perdida. Los días de noviembre habían dado forma progresista a la política de *Burgfrieden*, en la que el concepto de comunidad, entendida en términos de nación y pueblo, se había hecho dominante. Los estudios de Peter Fritzsche son reveladores en este sentido. La «enorme circulación» que tuvieron entonces «en la prensa no socialista e incluso no liberal términos tales como *Volksgemeinschaft* (comunidad del pueblo), *Volkstaat* (Estado del pueblo) y *Volkspartei* (partido del pueblo)», aunque se emplearan para confrontar con la izquierda socialista, demuestran la fuerza antioligárquica del momento. Tanta que la nación, al adquirir una connotación cada vez más dominante «en términos del *Volk*», socavó la confianza en la monarquía. El reagrupamiento de las clases medias en grupos de interés las «proveyó de un vocabulario que estaba dirigido a lograr el reconocimiento político de los propios derechos. La invocación de los intereses laborales reflejaba la importancia que otorgaban» éstas «al trabajo y al mérito», algo que «erosionaba los rangos jerárquicos tradicionales y los códigos de referencia de la época monárquica»^[91]. En realidad, muchos grupos de dicho espectro que acabaron en la órbita del nacionalsocialismo no estaban predestinados por ninguna fuerza de atracción especial a acabar en él. De hecho, durante la revolución y en los años posteriores, existieron una gran variedad de formas de autodefensa de la pequeña y mediana burguesía al margen de los grupos nacionalistas de extrema derecha^[92]. Sin embargo, la izquierda les dejó caer en el campo fascista.

En este sentido, el punto crítico lo representó la animadversión a la colaboración de clase. En efecto, el interclasismo,

89.- F. Gallego, *De Múnich a Auschwitz*, p.42

90.- *Ibidem*.

91.- P. Fritzsche, *De alemanes a nazis*, pp.115, 117 y 127.

92.- *Ibidem*, pp.120 y ss.

auténtica piedra de toque de los futuros frentes populares que aún hoy representan el más alto motivo de orgullo para el comunismo en el occidente de Europa, fue algo de lo que el conjunto del obrerismo huyó como de la peste hasta mediados de la década siguiente. Aunque dicha inmadurez política no fue únicamente vertical sino también de base, pues los consejos rechazaron en gran medida «las complejidades políticas» que la revolución abrió. Su negativa a establecer coaliciones fue muy posiblemente la consecuencia más trascendental del período. Así, dieron la espalda a los campesinos, la pequeña burguesía y otros grupos sociales no proletarios^[93]. El obrerismo tanto institucional como de base, marginó por ambos flancos otras fracciones del pueblo que la revolución había activado. Y lo hizo en el país que representaba la punta de lanza de la izquierda europea. En todo el continente, creyéndose el sujeto llamado a redimir a la humani-

dad, se consideró a sí mismo como *el* pueblo, alejándose del resto de las fracciones de clase que, desde la Antigüedad, habían conformado la política de la democracia. Y la rectificación llegaría demasiado tarde.

Durante los más de quince años que siguieron al final de la Gran Guerra, el concepto de *clase* fue empleado en su acepción más excluyente, al tiempo que otros como los de *nación* y *pueblo* fueron despreciados y repudiados hasta el extremo de que la oposición a comunistas y socialistas se confundió, cada vez más, con una lucha contra los enemigos de la nación^[94]. El gran viraje de mediados de los treinta que encabezaron los comunistas representará un auténtico giro copernicano respecto a la situación anterior y supondrá la recuperación del discurso en torno al pueblo y de la reivindicación progresista de la nación. No por casualidad, las bases del antifascismo se establecerán, precisamente, en términos de lucha nacional-popular.

93.– G. Eley, *Un mundo que ganar*, p.166.

94.– P. Fritzsche, *De alemanes a nazis*, p.134.